

LUNA DE MIEL

Dorothy L. Sayers

1

El señor recién casado

Coincido con Dryden en que «el matrimonio es una noble audacia».
SAMUEL JOHNSON, Charlas de sobremesa

Pacientemente sentado en el Daimler al otro lado de Regent's Park, el señor Mervyn Bunter pensó que se estaba haciendo tarde. Envuelta entre edredones en la parte trasera del coche había una caja con dos docenas y media de botellas de excelente oporto. Con una gran velocidad el vino no podría beberse durante dos semanas; con una velocidad excesiva, durante seis meses. Estaba preocupado por los preparativos (o la falta de preparativos) en Talboys. Esperaba que todo se encontrara en orden cuando llegaran; en caso contrario, su señora y su señor quizá no tuvieran nada que comer hasta Dios sabe cuándo. Ciertamente llevaba víveres en abundancia de Fortnum's, pero ¿y si no había cuchillos, tenedores o platos? Pensó que ojalá hubiera podido adelantarse, como se había decidido al principio, para encargarse de todo. No porque su señoría no estuviera siempre dispuesto a aguantarse con lo que resultaba inevitable, pero no era cuestión de que su señoría se viera en situación de aguantar nada; además, la señora era todavía, hasta cierto punto, un factor desconocido. Lo que había tenido que aguantarle su señoría durante los últimos cinco o seis años, solo su señoría lo sabía, pero el señor Bunter lo adivinaba. Ciertamente la señora parecía haberse enmendado muy gratamente, pero aún quedaba por determinar cómo actuaría bajo la tensión de contratiempos triviales. El señor Bunter estaba acostumbrado por su profesión a juzgar a los seres humanos por su conducta, no en momentos de crisis, sino en los pequeños ajustes de la vida cotidiana. Había sido testigo de la amenaza de despido de una señora al servicio de su señoría (con emolumentos y el disfrute de un appartement meublé, en la avenida Kléber) por haber perdido los estribos sin razón alguna con la doncella de una señora en su presencia; pero las esposas no estaban sujetas a un despido inmediato. El señor Bunter también estaba preocupado por cómo irían las cosas en casa de la duquesa viuda; no creía que nada pudiera organizarse debidamente sin su ayuda.

Sintió un alivio indecible al ver llegar el taxi y asegurarse de que no había ningún periodista encaramado en la rueda de repuesto, ni acechando detrás en un vehículo.

—Ya estamos aquí, Bunter. ¿Todo en calma? Buen chico. Conduzco yo. ¿Seguro que no vas a tener frío, Harriet?

El señor Bunter cubrió las rodillas de la novia con una manta.

—¿Tendrá su señoría en cuenta que transportamos el oporto?

—Voy a ir con tanto cuidado como si llevara un niño en brazos. ¿Qué le pasa a la manta?

—Unos granos de cereal, milord. Me he tomado la libertad de quitar aproximadamente medio kilo del equipaje de mano, junto con calzado de varias clases.

—Debe de haber sido lord Saint-George —dijo Harriet.

—Muy probable, milady.

«Milady.» Jamás había creído que Bunter llegara a aceptar la situación. Todos los demás, quizá; Bunter, no; pero al parecer así era. Y en ese caso, había ocurrido lo increíble. Debía de estar casada de verdad con Peter Wimsey. Se quedó mirándolo, mientras el coche rodaba con ligereza, sorteando el tráfico. El perfil narigudo, la frente despejada y las alargadas manos sobre el volante le resultaban familiares desde hacía tiempo, pero de repente eran la cara y las manos de un desconocido. (Las manos de Peter, sujetando las llaves del cielo y el infierno... Era la costumbre de la novelista, pensar en todo en términos de alusiones literarias.)

—Peter.

—Dime, cariño.

—Estaba pensando si reconocería tu voz... Tu cara parece distante, no sé por qué.

Vio cómo se torcía la comisura de los alargados labios de Peter.

—¿No soy la misma persona?

—No.

—No te preocupes —replicó él imperturbable—. Por la noche todo irá bien.

Demasiada experiencia para sorprenderse y demasiada honradez para fingir no comprender. Harriet recordó lo que había ocurrido hacía cuatro días. Peter la llevó a casa después del teatro, y estaban de pie ante la chimenea cuando ella dijo algo, tranquilamente, riendo. Peter se volvió y dijo bruscamente, con voz ronca:

—Tu m'envires!*

La conjunción del idioma y la voz fue como un relámpago que pusiera de manifiesto pasado y presente en un estallido de luz que hace daño a los ojos, y a continuación sobreviene una oscuri

* Me embriagas.

dad como terciopelo tupido, negro... Cuando sus labios al fin se despegaron de mala gana, Peter añadió:

—Lo siento. No quería despertar a todo el zoo, pero me alegro, Dios mío, de saber que está ahí, sin tigres despeluchados.

—¿Pensabas que el mío sería un tigre despeluchado?

—Pensaba que quizá estuviera un poco amedrentado.

—Pues no. Parece un tigre totalmente distinto. Yo nunca había tenido uno... solo cariño a los animales.

Mi dama me regaló un tigre, un reluciente y espléndido tigre, un lustroso y rayado tigre, bajo las hojas de la vida.

Al parecer nadie más había sospechado lo del tigre, pensó Harriet, salvo, naturalmente, el viejo Paul Delagardie, cuyos irónicos ojos lo veían todo.

El último comentario de Peter fue el siguiente:

—Ahora me he entregado por completo. Ni vocabulario inglés ni ninguna otra mujer inglesa. Y es lo máximo que puedo decir.

Fueron dejando atrás poco a poco las apiñadas luces de Londres. El coche adquirió velocidad. Peter miró hacia atrás por encima del hombro.

—No estaremos despertando al niño, ¿verdad, Bunter?

—La vibración es insignificante de momento, milord.

Con eso la memoria retrocedió aún más.

—Ese asunto de los hijos, Harriet. ¿Tiene mucha importancia para ti?

—Bueno, no estoy segura. Desde luego, no me he casado contigo por tener hijos, si a eso te refieres.

—¡Gracias a Dios! Él no desea considerarse, ni que lo consideren, bajo esa luz agrícola... ¿No te interesan especialmente los niños?

—Los niños en general, no. Pero creo que es posible que algún día quiera...

—¿Los tuyos?

—No... Los tuyos.

—¡Ah! —exclamó Peter, inesperadamente desconcertado—. Eso es un tanto... ¿Te has parado a pensar la clase de padre que sería?

—Lo sé muy bien. Tranquilo, arrepentido, reacio y encantador.

—Harriet, si me mostrara reacio sería únicamente porque desconfío profundamente de mí mismo. Nuestra familia existe desde hace mucho tiempo. Fíjate en Saint-George, que no tiene carácter, y en su hermana, sin vitalidad, por no hablar del siguiente heredero después de Saint-George y yo, que es un primo tercero totalmente chiflado. Y si piensas en la mezcla que soy, lo que tío Paul llama nervios y nariz...

—Me recuerda lo que le dijo Clare Clairemont a Byron: «Siempre recordaré la delicadeza de tus modales y la fabulosa originalidad de tu semblante».

—No, Harriet... Lo digo en serio.

—Tu hermano se casó con su prima. Tu hermana se casó con un plebeyo y ha tenido hijos normales. Es que no lo harías todo tú solo... Y yo soy suficientemente plebeya. ¿Qué tengo yo de malo?

—Nada, Harriet. Es verdad. Es verdad, por Dios. Lo que ocurre es que soy un cobarde para

las responsabilidades y siempre lo he sido. Cariño... si lo deseas y estás dispuesta a correr el riesgo...

—No creo que sea un riesgo tan grande.

—De acuerdo. Lo dejo en tus manos. Si quieres y cuando quieras. Cuando te lo pregunté, esperaba que dijeras que no.

—Pero tenías un miedo terrible a que dijera: «¡Sí, por supuesto!».

—Bueno, quizá. No me esperaba lo que has dicho. Te hace sentir confuso que te tomen en serio... como persona.

—Pero, Peter, dejando a un lado mis sentimientos y tus malsanas visiones de gorgonas gemelas, o hidras de nueve cabezas o lo que sea que esperes... ¿Te gustaría tener hijos?

A Harriet le hacía gracia ver el conflicto reflejado en el tímido rostro de Peter.

—Como soy un idiota y un egoísta —dijo al fin—, sí. Sí, me gustaría. A saber por qué. ¿Por qué se quiere tener hijos? ¿Para demostrar que puedes hacerlo? ¿Porque te encanta presumir de «mi chico, el que está en Eton»? ¿O porque...?

—¡Peter! Cuando el señor Murbles redactó ese testamento monstruosamente largo, después de que nos prometiéramos...

—¡Oh, Harriet!

—¿Cómo dejabas tus bienes? Quiero decir, los inmuebles.

—De acuerdo —refunfuñó Peter—. Se ha descubierto el crimen. Estoy implicado y lo reconozco, pero Murbles espera que toda persona... Maldita sea, no te rías, no pude discutir ese punto con Murbles... y todas las contingencias estaban previstas.

Una ciudad, con un ancho puente de piedra y luces reflejadas en el río. La memoria no retrocedía más allá de aquella mañana. El coche cerrado de la duquesa viuda, con la señora discretamente sentada junto al chófer; ella cubierta de tela dorada y suave capa de piel y Peter, ridículamente erguido con el chaqué y una gardenia en la solapa, balanceando un sombrero de seda en las rodillas.

—Bueno, Harriet, hemos cruzado el Rubicón. ¿Alguna duda?

—No más que cuando subimos por el Cherwell aquella noche, amarramos en la otra orilla y me hiciste la misma pregunta.

—¡Gracias a Dios! Sigue así, cielo. Solo nos queda otro río.

—Que es el río Jordán.

—Si te beso ahora perderé la cabeza y este maldito sombrero sufrirá daños irreversibles. Portémonos como desconocidos y personas bien criadas... como si no estuviéramos casados.

Otro río más.

—¿Ya estamos cerca?

—Sí. Esto es Great Pagford, donde vivíamos nosotros. ¡Mira! Nuestra antigua casa, con los tres escalones delante de la puerta... Sigue habiendo un médico. Fíjate en la luz de la consulta. Pasados tres kilómetros se gira a la derecha, hacia Pagford Parva, después a la

izquierda, junto a un granero grande, y se sigue por el sendero.

Cuando Harriet era muy pequeña, el doctor Vane tenía un carro de dos ruedas tirado por un caballo, como los médicos de los libros antiguos. Harriet había pasado muchas veces por aquella carretera, sentada junto a su padre, que a veces la dejaba hacer como si ella llevara las riendas. Después fue un coche, pequeño y ruidoso, muy distinto de aquel monstruo cómodo de capó alargado. El médico tenía que empezar a hacer las visitas muy temprano, de este modo dejaba un margen para las posibles averías. El segundo coche era más fiable, un Ford de antes de la guerra. Harriet aprendió a conducirlo. Si su padre estuviera vivo, estaría a punto de cumplir los setenta, y su extraño hijo político lo llamaría «señor». Qué forma tan rara de volver a casa y no volver a casa. Estaban en Pagglesham, donde vivía aquella anciana con un terrible reuma en las manos, la señora..., la señora..., la señora Warner, eso era... Debía de haber muerto hacía tiempo.

—Ese es el granero, Peter.

—Ah, sí. ¿Y esa es la casa?

La casa donde vivían los Bateson, un matrimonio de viejecitos temblorosos, una pareja encantadora que siempre recibían con cariño a la señorita Vane y le daban fresas y tarta de semillas de alcaravea. Sí, la casa, un cúmulo de aguilonos negros, con dos moles de chimeneas que tapaban las estrellas. Cuando se abría la puerta, se llegaba enseguida por el suelo pulido a la gran cocina con sus bancos de madera y sus enormes vigas de roble, con jamones colgados puestos a curar. Pero aquella feliz pareja había muerto, y Noakes (Harriet lo recordaba vagamente, un caradura avaricioso que alquilaba bicicletas) estaría esperándolos para recibirlos. Pero... no había luz en ninguna de las ventanas de Talboys.

—Es que llegamos un poco tarde —dijo Harriet nerviosa—. A lo mejor nos ha dado por perdidos.

—Pues nos hemos encontrado —replicó Peter animadamente—. No es tan fácil librarse de personas como tú y yo. Le dije que después de las ocho. Eso de ahí parece la verja.

Bunter salió del coche y se dirigió a la verja con elocuente silencio. Lo sabía, lo sentía hasta en los huesos. Los preparativos habían fallado. Tendría que haberse adelantado, a cualquier precio para encargarse de las cosas, aun cuando hubiera tenido que estrangular a los periodistas con sus propias manos. A la deslumbrante luz de los faros se recortaba un trozo de papel blanco en el travesaño superior de la verja; lo miró con recelo, desprendió con mano cuidadosa la tachuela con que estaba sujeto a la madera y, sin pronunciar palabra, se lo entregó a su señor.

NI PAN NI LECHE HASTA NUEVO ABISO (así decía).

—¡Hum! —exclamó Peter—. Supongo que el habitante de la vivienda ya se ha marchado. Y parece que esto lleva ahí varios días.

—Tiene que estar ahí para abrirnos —dijo Harriet.

—Probablemente habrá delegado en alguien. Esto no lo ha escrito él... En la carta que nos envié escribía «aviso» como es debido. Ese alguien no tiene la menor consideración si no se

da cuenta de que a lo mejor queremos pan y leche. Pero seguro que podemos solucionarlo. Le dio la vuelta al papel, escribió a lápiz POR FAVOR, PAN Y LECHE y se lo devolvió a Bunter, que volvió a sujetarlo con la tachuela y abrió la verja con expresión sombría. El coche pasó lentamente a su lado, por un sendero corto y embarrado, a ambos lados del cual había unos arriates muy bien cuidados, plagados de crisantemos y dalias; detrás se alzaban los oscuros contornos de unos arbustos.

No les vendría mal una capa de gravilla, se dijo Bunter, mientras pisoteaba desdeñosamente el barro. Cuando llegó a la puerta, enorme y maciza, empotrada en un porche de roble con asientos a ambos lados, su señoría ya estaba tocando una briosa fantasía con la bocina. No hubo respuesta; no se oía nada dentro de la casa; ninguna vela lanzó sus destellos; ninguna puerta giró en sus bisagras para abrirse, ninguna voz aguda preguntó quién andaba por allí; solamente, no muy lejos, un perro ladró irritado.

Conteniendo su pesimismo, el señor Bunter aferró la pesada aldaba, y su llamada atronó la noche. El perro volvió a ladrar. Intentó mover el picaporte, pero la puerta estaba cerrada.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Harriet.

Sintió que era culpa suya. En primer lugar, había sido idea suya. Su casa. Su luna de miel. Su... y ahí estaba el factor no calculable del asunto, su marido. (Una palabra opresiva, cuando te paras a pensarlo, con un sonido agobiante.) El hombre que posee. El hombre con derechos, incluyendo el derecho a que sus posesiones no lo dejen en ridículo. La luz del salpicadero estaba desconectada, y no podía ver la cara de Peter, pero notó que su cuerpo se giraba y movía el brazo izquierdo en el respaldo del asiento para apoyarse y gritar:

—¡Intentalo por atrás! —Y algo en su tono de seguridad le recordó que se había criado en el campo y sabía muy bien que las casas de labranza eran más vulnerables por la parte trasera—. Si no hay nadie, ve adonde está el perro.

Tocó otra vez la bocina, el perro respondió con una andanada de aullidos y el bulto en sombras de Bunter rodeó el edificio.

—Eso lo mantendrá ocupado un rato —dijo Peter con satisfacción, y tiró el sombrero al asiento trasero del coche—. Ahora nos vamos a prestar mutuamente la atención que se ha despilfarrado en trivialidades durante las últimas treinta y seis horas... Da mihi basia mille, deinde centum. Mujer, ¿te das cuenta de que lo he conseguido? ¿De que te tengo? ¿De que ya no puedes librarte de mí, salvo en caso de muerte o divorcio?... Et tot millia millies Quot sunt sidera cœlo... Olvídate de Bunter. Me importa un comino si va por el perro o el perro va por él.

—¡Pobre Bunter!

—¡Sí, pobre diablo! No sonarán campanas de boda para Bunter... Qué injusto, ¿no? Para él todos los palos y para mí todos los besos. ¡Aguenta, hijo mío! «Despierta a Duncan con tus golpes, pero durante los próximos minutos no hay prisa.»

La descarga de golpes había empezado de nuevo, y el perro se estaba poniendo histérico.

—Tendrá que aparecer alguien tarde o temprano —dijo Harriet, con un sentimiento de culpa que no sofocaban los abrazos—, porque si no...

—Si no... Anoche dormiste en un colchón de plumas de gansa y todo eso, pero el colchón de plumas y el señor recién casado solo son inseparables en las baladas. ¿Qué prefieres, casarte con las plumas o acostarte con la gansa, quiero decir, el ganso? ¿O arreglártelas con el señor en un frío descampado?

—No estaría abandonado en un frío descampado si yo no hubiera sido tan idiota con lo de Saint George, Hanover Square.

—No... ¡Y si yo no hubiera rechazado las diez villas de Helen en la Riviera! ¡Hurra! Alguien ha callado al sabueso... Vamos por buen camino... ¡Anímate! La noche es joven, y a lo mejor encontramos un colchón de plumas en la posada del pueblo, o en último caso dormiremos bajo un almiar. Creo que si no hubiera tenido nada que ofrecerte más que un almiar, hace años que te habrías casado conmigo.

—No me sorprendería lo más mínimo.

—¡Maldición! Y pensar en lo que me he perdido...

—Yo también. En este momento podría estar a tus pies, con cinco niños y un ojo morado, diciéndole a un policía comprensivo: «Usted déjelo, ¿eh? Que es mi hombre, y está en su derecho de zurrarme, ¿no?».

—Me da la impresión de que lamentas más el ojo morado que los cinco niños —le recriminó su marido.

—Naturalmente. Tú nunca me pondrás un ojo morado.

—Lo siento, pero no hay nada que se cure más fácilmente. Harriet... No sé qué voy a tener que hacer para portarme decentemente contigo.

—Mi querido Peter...

—Sí, ya lo sé. Pero ahora que lo pienso, nunca he... impuesto mi presencia a nadie durante mucho tiempo. Salvo a Bunter, claro. ¿Has consultado con Bunter? ¿Crees que diría que tengo buen carácter?

—Me parece que Bunter ha encontrado novia —replicó Harriet.

Se aproximaban las pisadas de dos personas desde detrás de la casa. Alguien con voz aguda reconvenía a Bunter.

—Yo si no lo veo no lo creo. Le digo que el señor Noakes está en Broxford desde la noche del miércoles pasado, como siempre, y no dijo nada, ni a mí ni a nadie, de ir a vender ninguna casa ni de ningún lord ni ninguna lady.

Quien hablaba, una señora de facciones duras y angulosas y edad indefinible, con impermeable, mantón de punto y una gorra de hombre desenfadadamente sujeta a la cabeza con brillantes horquillas terminadas en una bola, entró en el círculo de luz de los faros. No parecieron impresionarla ni el tamaño del coche, ni el brillo del cromado ni el destello de las luces, porque dirigiéndose hacia el lado de Harriet, bramó con tono beligerante:

—A ver, ¿quiénes son ustedes y qué quieren? ¿A santo de qué tanto jaleo? ¡Vamos a verlos!

—No faltaría más —dijo Peter.

Encendió la luz del salpicadero. Su pelo amarillo y el monóculo debieron de producir una lamentable impresión.

—¡Hum! —exclamó la señora—. Por la pinta, actores de cine. —Y dirigiendo una mirada fulminante a las pieles de Harriet, añadió—: Y eso si acaso.

—Lamentamos haberla molestado, señora... eh... —dijo Peter.

—Ruddle me llamo —replicó la señora de la gorra—. Soy la señora Ruddle, una mujer respetable, casada y con un hijo ya crecido. Ahora mismo va a venir con la escopeta, en cuanto se ponga los pantalones que se acaba de quitar para irse a la cama a su hora, que tiene que levantarse temprano para trabajar. ¡Bueno, a ver! El señor Noakes está en Broxford, como le tengo dicho aquí a este, y a mí no me van a sacar nada, porque no es cosa mía, a no ser porque le hago la limpieza.

—¿Ruddle? —dijo Harriet—. ¿No trabajó una temporada para el señor Vickey en Five Elms?

—Pues sí, pero de eso hace ya quince años —contestó la señora Ruddle inmediatamente—. Perdí a Ruddle hará cinco años el día de San Miguel, y muy buen marido que era, o sea, cuando estaba en sus cabales. ¿Y cómo es que conoce a Ruddle?

—Soy la hija del doctor Vane, que vivía en Great Pagford. ¿No se acuerda de él? Sé cómo se llama usted, y creo recordar su cara, pero entonces no vivía usted aquí. Los Bateson tenían la granja, y había una mujer en la casa, se llamaba Sweeting, que criaba cerdos y tenía una sobrina que no estaba muy bien de la cabeza.

—¡Madre mía! —exclamó la señora Ruddle—. ¡Quién lo iba a decir! ¿Así que es usted la hija del doctor Vane, señorita? Ahora que la miro bien, sí que se da un aire, pero es que va para diecisiete años que se marcharon de Pagford el doctor y usted. Me enteré de que había fallecido, y bien que lo sentí... Qué médico tan bueno y tan listo que era su padre, señorita, que me vino a ver cuando mi Bert, y menuda suerte que lo avisé, porque vino al mundo como si dijéramos del revés, que para una mujer es un sufrimiento muy grande. ¿Y cómo está usted después de tanto tiempo, señorita? Nos enteramos de que había tenido algún problema con la policía, pero como le dije a Bert, no hay que creerse todo lo que sale en los papeles.

—Era verdad, señora Ruddle, pero se equivocaron de persona.

—¡Cómo no! —exclamó la señora Ruddle—. Ahí tiene a Joe Sellon, sin ir más lejos, que se inventó que mi Bert había robado las gallinas de Aggie Twitterton. «Sí, hombre, gallinas», dije yo. «Y mañana dirás que cogió la cartera del señor Noakes, que menudo revuelo armó con eso. Busca las gallinas en el corral de George Withers», le dije, y, por cierto, allí estaban. «¿Y tú dices que eres policía?», le dije, digo: «Te doy yo cien mil vueltas como policía, Joe Sellon». Eso le dije. Yo es que no me creo nada de lo que dicen los policías esos, ni aunque me paguen, o sea que no se crea, señorita. Pues cuánto me alegro de verla, señorita, con tan buen aspecto, pero si usted y el caballero querían ver al señor Noakes...

—Queríamos verlo, sí, pero espero que usted pueda ayudarnos. Mi marido y yo hemos comprado Talboys, y habíamos llegado a un acuerdo con el señor Noakes para que viniera aquí para nuestra luna de miel.

—¡Qué me dice! —exclamó la señora Ruddle—. Pues felicidades, señorita... señora y señor. —Se limpió una mano en el impermeable y se la tendió primero a la novia y después al novio—. ¡Así que de luna de miel...! Bueno, no tardaré ni un minuto en poner sábanas limpias, que las tengo aireadas y dobladas en la casa, así que, si me dan las llaves...

—Pero si ese es el problema —intervino Peter—. No tenemos las llaves. El señor Noakes dijo que prepararía todo lo necesario y que estaría aquí para que pudiéramos entrar.

—¡Ya! —dijo la señora Ruddle—. Pues a mí no me dijo nada. Se fue a Broxford en el autobús de las diez el miércoles por la noche, y no le dejó dicho nada a nadie, ni a mí el dinero de la semana.

—Pero si le hace la limpieza, ¿no tiene llave de la casa? —preguntó Harriet.

—Pues no —contestó la señora Ruddle—. Menudo es él para dar llaves. Tiene miedo de que le robe algo, supongo. No es que deje gran cosa que merezca la pena robarse, pero qué le vamos a hacer, él es así. Y con cerrojos a prueba de ladrones en las ventanas y todo. Cuántas veces le habré dicho a Bert que si hubiera un incendio en la casa y él no estuviera, lo más cerca que se pueden encontrar unas llaves es en Pagford.

—¿En Pagford? —repitió Peter—. Creía que había dicho que estaba en Broxford.

—Y allí está. Se queda a dormir donde lo de las radios, pero me imagino que les costaría trabajo que los oyera, porque está un poco sordo y el timbre suena en la tienda. Lo mejor será que vayan a Pagford a buscar a Aggie Twitterton.

—¿La señora que cría gallinas?

—La misma. ¿Se acuerda de la casita junto al río, señorita, quiero decir, señora? ¿Donde vivía el viejo Blunt? Pues ahí es, y tiene llave de la casa, porque viene a ver cómo van las cosas cuando él está fuera. Aunque, ahora que lo pienso, no la he visto la última semana. Igual está pachucha, ahora que lo pienso, porque de haber sabido que venían ustedes, es a Aggie Twitterton a quien se lo habría dicho.

—Espero que sea eso —dijo Harriet—. A lo mejor tenía intención de contárselo a usted, se puso enferma y no pudo hacerlo. Iremos allí. Muchas gracias. ¿Cree que nos podrá dar pan y un poco de mantequilla?

—Por Dios, señorita, señora, de eso me encargo yo. Tengo en casa una buena hogaza, que casi ni se ha tocado, y media libra de mantequilla. Y —añadió la mujer, sin perder de vista lo esencial ni un instante— las sábanas limpias, como decía. Voy corriendo a recogerlas, y no tardaré nada en estirarlas cuando su señor marido y usted vuelvan con las llaves. Usted perdone, señora, pero ¿cuál es su apellido de casada?

—Lady Peter Wimsey —contestó Harriet, sin sentirse muy segura de que ese fuera su apellido.

—¿En serio? —replicó la señora Ruddle—. Es lo que decía él —señaló a Bunter con un

movimiento de cabeza—, pero no le hice caso. Perdone, señora, pero es que algunos de esos vendedores son capaces de decir cualquier cosa, ¿verdad, señor?

—Bueno, todos deberíamos hacerle caso a Bunter —dijo Wimsey—. Es la única persona realmente de fiar del grupo. Pues nada, señora Ruddle, vamos a pedirle las llaves a la señorita Twitterton y volvemos dentro de veinte minutos. Bunter, será mejor que te quedes aquí para echarle una mano a la señora Ruddle. ¿Hay sitio para dar la vuelta?

—Muy bien, milord. No, milord. Creo que no hay sitio para dar la vuelta. Voy a abrirle la verja a su señoría. Permítame, milord. El sombrero de su señoría.

—Dámelo a mí —dijo Harriet, ya que Peter tenía las manos ocupadas con la llave de contacto y el arranque.

—Sí, milady. Gracias, milady.

—Tras lo cual, Bunter procederá a dejarle bien claro a la señora Ruddle, por si acaso no ha comprendido la idea, que lord y lady Peter Wimsey son milord y milady —dijo Peter tras haber dado marcha atrás y ya camino de Great Pagford—. ¡Pobre Bunter! Jamás habían herido tan en lo vivo sus sentimientos. ¡Por la pinta, actores de cine! ¡Y eso, si acaso! ¡Esos vendedores son capaces de decir cualquier cosa!

—¡Ay, Peter! Ojalá me hubiera podido casar con Bunter. ¡Lo quiero tanto!

—Confesión de la novia en la noche de bodas; noble miembro de varios clubes quita la vida al ayuda de cámara y a sí mismo. Me alegro de que te agrade Bunter. Le debo mucho... ¿Sabes algo de esa tal Twitterton a la que vamos a ver?

—No, pero tengo idea de que había un peón ya mayor con ese apellido en Pagford Parva, que pegaba a su mujer o algo así. No eran pacientes de papá. Es curioso que, aunque esté enferma, no le haya enviado ningún recado a la señora Ruddle.

—Y tanto que es curioso. Tengo mi idea sobre el señor Noakes. Simcox...

—¿Simcox? Ah, sí, el administrador. ¿Sí?

—Pues que le sorprendió que la casa se vendiera tan barata. Cierto que solo son la casa y un par de tierras. Al parecer, Noakes había vendido parte de la finca. Le pagué a Noakes el lunes pasado, y el cheque se compensó el jueves, en Londres, y no me extrañaría que algo se hubiera descompensado al mismo tiempo.

—¿Qué?

—El amigo Noakes. No es que afecte a nuestra compra de la casa; las escrituras están bien y no hay hipoteca; me aseguré de todo. El hecho de que no haya hipoteca soluciona dos cosas. Si estaba en apuros, lo normal sería una hipoteca, pero si estaba en grandes apuros, podría haber mantenido la casa libre para venderla enseguida. En tus tiempos tenía una tienda de bicicletas. ¿Tuvo apuros alguna vez por eso?

—No lo sé. Creo que la vendió y que quien se la compró dijo que lo habían timado. Noakes tenía fama ser un lince para los negocios.

—Sí. Supongo que Talboys le saldría regalada, a juzgar por lo que dice Simcox. Puso en un buen aprieto a los antiguos propietarios y metió de por medio a los agentes inmobiliarios.

Me da la impresión de que le gustaba especular, comprar y vender.

—Decían que era muy listo, que siempre andaba detrás de algo.

—Pequeños negocios, ¿no? Buscar cosillas con la idea de hacerles un arreglo y revenderlas obteniendo un beneficio, ¿no?

—Sí, algo así.

—Hum. A veces funciona y a veces no. Un inquilino mío de Londres empezó hace veinte años con unos cuantos cachivaches de segunda mano en un sótano. Acabo de construirle un bonito bloque de pisos con balcones soleados, cristales de Vitaglás y demás. Les sacaré muy buen partido, pero claro, es judío, y sabe perfectamente lo que se hace. Yo recuperaré mi dinero y él también. Tiene el don de hacer que el dinero rinda. Lo invitaremos a cenar un día y te contará cómo lo hizo. Empezó en la guerra, con un doble obstáculo: una pequeña deformidad y un apellido alemán, pero antes de que se muera será muchísimo más rico que yo.

Harriet preguntó un par de cosas, a las que su marido dio respuesta, pero tan distraído que comprendió que solo le estaba prestando una cuarta parte de atención al hábil judío de Londres y ninguna a ella. Probablemente estaba reflexionando sobre la misteriosa conducta del señor Noakes. Ya se había acostumbrado a que Peter se escondiese de repente en los recovecos de sus pensamientos, y no le molestaba. En más de una ocasión Peter se había quedado callado a mitad de una propuesta de matrimonio porque algo que acababa de ver u oír le ofrecía una nueva pieza que encajaba en el rompecabezas de un asesinato. La reflexión de Peter no se prolongó mucho tiempo, porque al cabo de cinco minutos entraban en Great Pagford y se vio obligado a espabilarse para preguntarle a su compañera por el camino hacia la casa de la señorita Twitterton.

Título original: *Busman's Honeymoon*

Primera edición: junio de 2008

© 1937, Dorothy L. Sayers

© 2008, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2008, Flora Casas Vaca, por la traducción

© P. D. James, por el prólogo

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.